

Para el Epistolario de don Ml. J. Jiménez

Cartago, agosto 4 de 1900

Sr. don Joaquín García Monge

San José.

Muy estimado señor mío:

Por haber estado en Tucurrique durante varios días no me ha sido posible contestar antes la grata carta de U., fecha 31 de julio ppdo., en la cual, comunicándome la próxima aparición del «Fígaro» y los nobles propósitos que abrigan sus redactores, se digna U. en terminos benévolos pedir mi colaboración en el «Fígaro» y mi autorización para reproducir el artículo «Domingo Jiménez» recientemente publicado en el Boletín de la Biblioteca.

La honra que Uds. me dispensan con ello excede en mucho a mis merecimientos y es desmedido galardón para mis aficiones literarias, sin embargo, yo la acepto agradecido, no por merecida sino porque con ella tengo oportunidad de ofrecer a U. y a sus estimables compañeros el testimonio de mi simpatía.

Bien puede U. publicar mi citado artículo; y siento no poder enviarle desde luego algún trabajo mío, porque el que tengo listo, por ser de extensión semejante al de «D. Jiménez» no ha de calzar con las proporciones del «Fígaro» para ser publicado todo entero, mas tan luego como mis ocupaciones rurales me den alguna tregua, acudiré al honroso llamamiento que Us. me hacen.

Aprovecho esta oportunidad para reiterar a U. las seguridades de aprecio con que me suscribo

attº servidor y amigo

MANUEL J. JIMÉNEZ

(Inédita)

NOTICIA: El periódico a que alude don Ml. Jesús en esta carta no salió al fin. Mi compañero de empresa era el famoso humorista costarricense Yoyo Quirós, y no recuerdo por qué la hicimos a un lado.

¿Quién me había de decir—sin embargo—que al cabo de 23 años, como Director de la Biblioteca Nacional y como editor del REPERTORIO AMERICANO, me tocaría reproducir el mismo artículo de que se habla en esta carta!

Otro contacto con don Manuel Jesús lo tuve por entonces. Quería don Manuel que hiciera yo una novelita histórica costarricense. Hasta me dió el asunto, que después he visto tratado en forma de Romance Histórico por D. Anastasio Alfaro en la pag. 33 de su Petaquilla. Me puso a trabajar don Manuel. Alcanzó a darme un testamento de la época para que estudiara lo de los trajes, mobiliario y otras cosas relacionadas con las costumbres. De todo tomé apunte. En eso vino mi viaje a Chile y la cosa se pospuso para la vuelta. Como se ve, volví de Chile y nada se hizo al respecto, ni se hará ya.

Cartago, 10 setiembre de 1900.

Señor don Joaquín García M.

San José.

He tenido el gusto de recibir el ejemplar de *Hijas del Campo*⁽¹⁾ que U. se ha servido obsequiarme, por lo cual le doy mis agradecimientos.

Veo que U. prosigue en la tarea laudable de rendir culto a la literatura nacional. Sea enhorabuena.

El espíritu de observación que U. revela en sus novelas unido a las dotes literarias que posee, son prendas que le auguran merecidos triunfos literarios.

No soy juez competente, mas si hubiera de pronunciar un fallo acerca de su última obra, diría que tiene capítulos dignos de gran encomio y otros de amarga censura.

Cuando Ud. recoja un poco sus tendencias al naturalismo, carecerán sus novelas de capítulos censurados por aquellos a quienes como a mí no les guste el desnudo en literatura.

Hecha esta salvedad, reciba las felicitaciones de su atto. serv. y amigo,

MANUEL J. JIMÉNEZ.

(Inédita)

Cartago, setiembre 9 de 1908

Señor General

don Rafael Villegas

San José

Muy distinguido amigo:

Otras preocupaciones que atraían perentoriamente mi atención, mal de mi grado me obligaron a postergar mi respuesta a la muy grata y muy honrosa tarjeta de U., en la cual me convida para la simpática fiesta del *Libro de los Pobres*.

Permítame que en secreto le cuente brevemente la historia de mis fracasos literarios, para explicarle con ellos el cómo fué que rompí mi pluma de cuentista, así apellidada por quienes no quisieron ver sino cuentos en las historias reales que conté.

Pues bien: es el caso que in illo tempore me dí a los Archivos, así como otros se dan a los naipes, o a las copas o las hembras o a cualquier pecado mortal, y me fuí apegando sin sentirlo a las cosas de otro tiempo: adhesión a los conquistadores, conmiseración a los indios, respeto a la autoridad, devoción a los santos, cariño para las damas linajudas, para las mestizas limpias, para los mozos troneras, para los viejos formales, en fin, para todo lo que tuviera por lo menos cien años de no ser; y así hube de poetizar en mi mente toda la prosa de antaño. Ya convertido en poeta me vinieron los demás

(1) *Hijas del campo*, novela corta de costumbres costarricenses. Vió la luz en 1900.

disparates por añadidura: dí un paso más en la pendiente y me troqué en loco; di otro y salí en los periódicos contando historias muy viejas. De mi primer artículo, según consta en sendas gacetillas, dijo Pío que no estaba mal; Chente que le parecía bien, y Rafael Carranza lo tuvo por excelente. La respetable prensa, pues, me brindó su aplauso. Estimulado con esos laureles seguí cojeando del dicho pie, hasta que la colaboración que presté en el Libro Conmemorativo me sacó de literato.

Figúrese U., tres meses de trabajar asiduamente buscando en los Archivos los hilos de la urdimbre, y uno de peinar las frases con analogía, sintáxis, prosodia y ortografía al tanteo, y otro más de pasar en limpio, para luego venir a parar en que nadie, pero nadie, me dijera tus ni mus, oste ni moste, bueno ni malo, chico ni grande, acerca de mis gallas letras. ¡Ah, ya por entonces la tierra se había tragado a Chente, a Pío y hasta al vivo de Carranza! Resumen: ni siquiera una gacetilla. Recordé la mala vida que se dió el Manco de Lepanto, me dí por la cabeza con la regla de proporción, y juré nunca más pecar, amén. Juramento vano. Años después me convidó El Ateneo para que dijera algo de Colón, y lo dije como Dios me dió a entender, y luego ví que El Ateneo rendido dió expresivas gracias al que hizo los grabados y al litógrafo y al impresor y a los lectores; pero de mi Colón ni El Ateneo, ni los gacetilleros ni nadie dijo tus ni mus, oste ni moste, bueno ni malo; y silencio tal me hizo reflexionar, y de mi reflexión saqué en limpio que lo que escribo yo, no vale un comino ni aquí ni en ninguna parte, y para escribir así más vale romper la pluma, y la rompí.

¿Cómo quiere usted entonces, mi buen amigo, que le complazca en escribir un cuento si ya yo no tengo pluma? Mas para manifestarle la simpatía con que miro todo cuanto viene de usted, y como prueba de atención y deferencia para con su talentoso compañero, el señor Vargas, dígole lo siguiente:

Hace diez o doce años escribí en un periódico una historieta que intitulé *Doña Ana de Cortabarría*⁽¹⁾; me salió bonita, a juicio de Chente, que en eso de literatura, pues... no era de lo peor de aquí. Si usted la quiere la peinaré de nuevo y se la entregaré, pues es que hacer yo otro cuento me da pereza, mucha pereza, y me sonrojo de pensar en escribir con aires literarios, cuando soy el primero en reconocer mi insuficiencia. Bien sé que para los trabajos del *Libro de los Pobres* es condición indispensable la de ser inéditos, y que siendo mi *Doña Ana* cosa ya pasada por letra de molde, el decirme U. que no la quiere, no es decirme que no me quiere, sino que quiere mantener la referida condición, y por lo tanto si le ofrezco esa historieta, es sólo para darle testimonio del afecto con que me he llamado y me llamo de U. servidor y amigo,

MANUEL J. JIMÉNEZ

(El Renacimiento, Cartago).

(1) La daremos a nuestros lectores en la próxima entrega.